

19y
20

«2001: ESPACIOS Y ODISEAS»

A 20 años de la crisis y
los estallidos sociales
de diciembre de 2001

Antología de taller

Docente: **Ricardo Romero**

En el marco de la exhibición 19y20 que se realizó en el **CCM Haroldo Conti**, entre octubre y noviembre de 2021 un grupo de escritores y escritoras se reunieron una vez por semana para leer y discutir textos propios y ajenos. La coordinación del grupo estuvo a cargo de Ricardo Romero. Este material es un breve muestrario de lo que allí sucedió.

Prólogo de Ricardo Romero	4
<i>Juego de ingenio</i> (Fragmento) de Diego Rosake	5
<i>Algo que hacer</i> de Juan Del Bene	11
<i>Querido Papá Noel</i> de Stefania Karg	20
<i>Parrillada completa</i> de Melina Torres	28
<i>Huellas</i> de Walter Rago	34
<i>Todo lo sólido</i> de Romina Ávila Tosi	40

En el taller “2001: espacios y odiseas” que coordiné para el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti en octubre y noviembre de 2021, nos propusimos pensar los acontecimientos que tuvieron lugar durante diciembre del 2001 a través de la lectura y de la escritura. La pregunta que nos interesaba hacernos, a veinte años de esos hechos, era qué imaginarios convoca una crisis. Y nos la hicimos en medio de una crisis, atravesadxs por la experiencia pandémica.

Pantallas mediante, con el ruido de fondo de nuestras casas vuelto el ruido de fondo de la época, más que nunca vimos cómo las fronteras entre lo íntimo y lo colectivo se volvían lábiles, frágiles, incluso caprichosas. Visto a la distancia, fue un marco por demás propicio que nos liberó de enfrentar los acontecimientos de diciembre de 2001 como hechos históricos cristalizados. No había síntesis posible para narrar esos hechos, porque quien sintetiza tiene o cree tener la certeza del presente. Y para nosotrxs, el presente era todo menos una certeza.

El resultado de esos encuentros fueron estos hermosos textos. ¿Son cuentos? ¿Son crónicas? ¿Son fragmentos de una novela? Yo prefiero no etiquetarlos, dejarlos en su intemperie textual, versiones que hablan de un pasado como si todavía estuviera pasando, como si no hubiese pasado aún. Textos que, en definitiva, desde poéticas y mundos muy distintos, no buscan condensar una verdad y que, por eso mismo, son verdaderos.

Ricardo Romero

Juego de ingenio (Fragmento)

Diego Rosake

Diego Rosake. Bahía Blanca, 1979. Editor, docente y ex-librero. Publicó los poemarios *Luna en bicicleta* (2014, 2018) y *Las estatuas olvidadas no aparecen en los manuales de historia* (2020, 2021) y el libro álbum *¡Yo no quiero!* (2021) con ilustraciones de Juliana Tarditto. Desde el 2007 lleva adelante la editorial autogestionada HD ediciones.

A la Olga la conocía desde la escuela. Habíamos hecho juntos toda la primaria, la secundaria y algunos años de universidad. Claro que en esa época se llamaba Ismael. Ismael Pedro Guerrero.

El Isma había llegado con su familia desde Perú. Era hijo de una pareja de ingenieros que vendieron todo para probar suerte acá. Pero no contaron con la hiperinflación y terminaron en el quincho de casa, que mis viejos habían puesto en alquiler por el mismo motivo. Por una cuestión de domicilio compartimos la misma escuela. El primer día nos dejaron juntos en la puerta. Yo con el maletín que había heredado de mi hermano y un piluso ridículo que mi vieja me obligaba a usar para cuidarte del sol, él con cierta desconfianza y una mochila de He-man que le envidié toda la primaria. Estuvimos en silencio y midiéndonos un buen rato, hasta que pasó el acontecimiento fundacional de nuestra amistad:

–¡Qué lindo gorro, cabeza de pija! –me dijo uno que, por la edad, sería de cuarto grado.

El Isma lo miró con odio.

–¿Qué mirás, negro de mierda? –le respondió.

El Isma no dijo nada y bajó la vista al suelo. Creo que sentí más bronca por él que por mí y mi gorro ridículo. Entonces agarró una baldosa que estaba suelta y gritando Por el poder de *Grayskull* le cruzó la cara al pibe de cuarto. Fue la primera vez que vi salir sangre. Después corrimos hasta la plaza y compartimos lo que nos habían dado nuestros viejos para merendar. Volvimos a la escuela una hora más tarde. El Isma habló con la directora y logró convencerla de que nosotros éramos las víctimas. Cuando el pibe de cuarto llegó, con tres puntos de sutura en la frente, lo obligaron a pedirnos perdón delante de nuestros padres.

Al terminar el secundario éramos inseparables. Habíamos decidido estudiar juntos. Rajar de Bahía Blanca. Había que zafar del pueblo. Si te dormías, el pueblo te empezaba a poseer, alimentarse de tu energía. Esa era la sensación. Capital era una cagada, o al menos eso nos parecía, pero si había una posibilidad, estaba ahí, entre toda esa mugre. Para fines del 98, sus viejos volvieron a Perú convencidos de las promesas del Fujishok y con algunos dólares ahorrados. Nosotros nos instalamos en una pensión cerca de Puan. Yo elegí filosofía y él optó por letras. Jose nos había conseguido laburo de cadetes en la oficina de mi tío. Tres o cuatro veces por mes nos tocaba ir a la agencia 10 de AFIP, en Once, para presentar en diskettes de 3 ¼ las declaraciones juradas. Con esa guita, más lo que mandaban de casa, sobrevivíamos. Dos años después nuestra situación había cambiado. Gracias a una charla por teléfono con sus viejos, el Isma había tenido la idea de armar una cadena de provisión de Inca kola desde su país de origen. Con su habilidad para el chamuyo y la cara de piedra, logramos convencer a algunos restaurantes de Palermo, que la vendían con el nombre de Agua de Freud. Una mierda, pero pagaban bien y nosotros teníamos que bancar los gastos de la carrera, el alquiler y la joda. Sobre todo la joda. Cada quince días llegaba nuestro pequeño cargamento a través de unos primos de Chile. Eso nos generaba el dinero suficiente como para vivir de reviente toda la semana. Pedro –cuando tomaba de más gritaba que había que llamarle Pedro– corría en calzoncillos por el hall del edificio cada vez que podía. Los vecinos lo miraban con un terror acostumbrado, pero el Isma solo quería diversión. Hasta que un día el peruano se quedó duro. Había sido una tarde habitual, algo de faso, mucho huevo y el Isma que salió a correr en calzones por las escaleras. Osvaldo, el portero de la noche, estaba a cargo de atajarlo. Así habíamos quedado después del primer episodio en donde el Isma terminó atado con una cadena de bicicleta. Osvaldo era un sobreviviente de la ESMA.

–Yo no militaba en ningún lado –me contó ese día–. Solo era enfermero en el Garrahan. Me llevaron por puto. Gutiérrez, el jefe de guardia. Estoy seguro que ese muy hijo de puta me denunció. Por mariposa. Así me decían los milicos. Allá en capucha me tenían de comodín para revivir a los pibes cuando a esos pedazos de forros se les iba la mano. Colgajos de piel y mierda me traían

y yo ahí, mirando. Con alguna inyección de adrenalina o a mano. A puro golpes en el pecho. Eran más los que se quedaban allá que los que volvían. Yo los dejaba morir. Creo que era los más humano. Pero cada tanto tenía que traer de nuevo a alguno, porque si no cagaba yo. Apenas recuperaban el aliento, les pedía perdón al oído, otra no me quedaba.

Pero esa vez al Isma se le había ido la mano. Osvaldo me llamó diciendo que estaba tratando de romper la vidriera del hall edificio con una silla de jardín que se había robado de la terraza. Tuve que bajar a buscarlo. El Isma golpeaba y el temblor de las patas plásticas de la silla se extendía primero por sus brazos, bajaba hacia la panza y alcanzaba sus piernas en una especie de danza atrapante.

–Mirá como le hacen las pelotas –me dijo, con la mirada perdida en esa bolsa de piel que coronaba con movimientos espásticos la vibración de todo el cuerpo.

–Parece el Tiki Taka –murmuré para mí.

–¿Qué decís pendejo? –preguntó.

De pronto, algo de espuma empezó a salirle por la boca. Espumita, como el bombero loco de carnaval. Entonces se frenó. Los ojos se le pusieron blancos y se tensó formando una curva de la nuca a los talones. Después cayó al piso y no se movió más.

–¡Yo sé! ¡Yo sé! –gritó Osvaldo y salió corriendo.

Pensé que no volvía más. Me senté al lado del cuerpo y me puse a putearlo: pero qué pedazo de sorete, pasarte de rosca así y dejarnos el quilombo a nosotros. Si serás boludo, ahora quién se lo explica a tu vieja y me voy a tener que buscar otro socio para lo de la Inca Kola. En eso Osvaldo llegó con una jeringa en la mano. Inmensa. Me empujó de donde estaba sentado.

–Correte pendejo. Dejá esto a los que saben.

Y tomando impulso, le clavó la aguja en el centro del pecho. El peruano se arqueó hacia arriba como quien levanta una toalla con una aspiradora, después gimió y pegó un grito. Cuando vio la jeringa clavada en su pecho me miró.

–Boludo, como en Pulp fiction –y empezó a cagarse de risa. Para fines del 2001 tuve que volver un tiempo a Bahía. Mi viejo estaba de últimas y mi vieja pedía auxilio. La escena del helicóptero la vi por la tele. Pero el Isma estuvo en todas las marchas.

–¡Boludo, venite para acá! –me decía cada vez que

hablábamos por teléfono—. ¡Acá estamos haciendo historia!

Y era la verdad, pero yo no podía dejar de sentir una lealtad obligatoria hacia mi vieja.

En Bahía aguanté dos meses. El pueblo, de nuevo, estaba queriendo mi energía y tuve que escaparme antes de que fuese más grave. Fue la última vez que vi a mi viejo lúcido.

Antes de salir le avisé al Isma que volvía. Capital era una escena de *El día de los muertos*. Me costaba reconocer esas calles que, para esa altura, las creía más. Plaza de Mayo, Casa Rosada. En el aire se sentía esa sensación de final abrupto. Quedamos en encontrarnos en el café de Florida y Diagonal norte. Desde ahí pude ver, sin sorpresa, cómo prendían fuego la puerta del Bank Boston. El Isma llegó dos horas tarde. Con un brazo enyesado y con un gesto de indignación que no podía contener. Cuando le pregunté por el yeso, no me respondió y empezó a contarme lo que realmente le preocupaba: uno de la federal, que hacía seguridad en un bar, se había enterado de lo del Agua de Freud y lo había apretado para hacerse de una coima.

—¡Son unos hijos de puta! —gritaba. ¡Todavía está fresca la sangre de los pibes que mataron y en lo único que piensan es en la guita! ¡Pedro no tranza con la yuta, soretes!

Ahí tuvimos que olvidarnos de la Inca Kola, de nuestro negocio y de la joda. Los padres del Isma no pudieron mandarle guita y no le quedó otra más que volverse a su país. Al poco tiempo perdimos el contacto. En aquella época tener internet era un lujo y sentarme en un cyber para mandar un correo electrónico era algo que no entraba en mi esquema. Una sola vez el Isma me escribió, pero yo nunca respondí. Luego vino mi tesis, el primer encuentro con Moretti y ya la rutina se desvirtuó por completo. Pisar el freno para despejar la cabeza.

Durante años no supe nada de él hasta que llegó una carta a la casa de mi vieja en donde me contaba que su prima iba a llegar al país y quería visitarme. También dejaba un número de whatsapp para agendar. Enseguida le respondí por teléfono, le conté que me alegraba mucho retomar el contacto y que ahora era más sencillo. Hablamos de mi casamiento, de mi separación, de que me había mudado a San Telmo, a un departamento chico al lado de la autopista. También invité a su prima a cenar con la esperanza secreta de anotar algún tanto. Todos sabemos que

cualquier pariente de un amigo es sagrada, pero hacía casi seis meses que me había separado y el invierno se estaba avecinando de manera alarmante.

Esa tarde limpié mi casa, rescaté ropa que aún tenía en el laverap y conseguí todos los ingredientes para preparar arroz chaufa. También busqué los cds de jazz que aún no había desembalado. Pensé en poner alguna luz tenue, pero tenía miedo de que mi intención se volviera evidente.

Cuando abrí la puerta me costó reconocerlo, pero detrás de todo ese maquillaje y una melena pintada de rubia estaba el Isma. Portando un par de tetas exageradas que se escapaban por los costados del escote.

–¿No estarás pensando en garcharme? –dijo al escuchar el jazz de fondo y me abrazó.

Fue como volver en el tiempo. Brindamos y tomamos por lo que habíamos pasado y por lo que nos prometimos que iba a pasar. Conversamos como si nunca hubiese existido la ausencia. Hacía más de dos años que se había operado y eso le costó romper con toda su familia. Aunque llevaba a su abuela en el nombre que había elegido, no tuvo más contacto con ellos desde que decidió entrar al quirófano.

–Sabés –me dijo –quiero instalarme acá, en Buenos Aires. Allá en Perú son muy cerrados. No hay posibilidades de trabajo. Al menos no del que vale la pena. De día nadie te quiere, pero de noche te buscan para que les lustres el caño.

–No te creas que acá es muy distinto.

–Pero al menos recuperaría algo de familia.

El Isma, Olga, se había vuelto un sentimental.

Yo le conté de mi nuevo trabajo, de que estaba dando clases, pero lo que más me ocupaba era esto de jugar a los acertijos.

–¿Y cómo es eso?

–La verdad, no sé. Todo se fue dando así, medio de pedo y sin pensarlo mucho. Es como tener la suerte de armar los rompecabezas más entretenidos que puedan encontrar.

–¿Y no necesitás una secretaria sexy? –sonrió envolviéndome el cuello con su pañuelo de seda.

–Seguro. Pero olvidate del sueldo.

–Bueno, mañana hablamos de eso, ahora quiero festejar. La semana pasada estas cumplieron dos años –dijo agarrándose con las dos manos las gomas.

Con los dedos dibujó una V y con gesto orgulloso sirvió whisky.

A partir de ahí la memoria se me desdibujó por completo y sólo puedo recordar lo que me muestran las fotos en ese Instagram que entonces no era mío.

Al despertar encontré a Olga en la bañera, muerta. Sobredosis dijeron los del S.A.M.E. Levanté el tubo sin pensarlo:

–Moretti, vení y dame una mano.

Él se encargó de todo sin hacer preguntas y a mí nadie me rompió las pelotas. Pude llorar a mi amigo en soledad.

Algo que hacer

Juan Del Bene

Juan Del Bene nació en el 85', creció en Temperley, zona sur del Conurbano Bonaerense. Se recibió de psicólogo y trabaja en salud pública desde ese entonces. Se mudó a Río Negro y allí vive, lee y escribe en medio de un paisaje aún extraño.

|

- El bebé del departamento de al lado no para de llorar. Ese comentario suyo me terminó de despertar. Hacía rato que venía soñando con una especie de carrera de TC-2000 en la que había un bebé que lloraba en el asiento de atrás de un auto de carrera. Por momentos yo manejaba vertiginosamente o era Ortelli, o las dos cosas al mismo tiempo y en otros, sin que nada mediase, miraba la carrera desde el sillón de casa pero escuchando el llanto casi tan fuerte como el motor. Asentí con algún sonido de garganta, di media vuelta y probé seguir durmiendo. El bebé seguía llorando, constante. No parecía haber movimientos de adultos al lado para calmarlo o hacer alguna cosa. Nos quedamos un rato en la cama intentando escuchar algo que indicara que había gente que se ocupara de ese bebé. Por lo general ciertos sonidos del departamento de al lado se escuchaban bastante, las conversaciones se filtraban, aunque indistinguibles en el contenido, como asordadas por una cortina espesa de agua.

Los vecinos, suponíamos, se habían mudado pocos días atrás, el fin de semana anterior casi seguro. Todavía no los habíamos cruzado, y era claro que tenían un bebé.

Nos levantamos, nos cambiamos y preparé el desayuno. Al terminar cada uno se fue a su trabajo. En el tiempo que pasó desde su comentario hasta que nos despedimos en la puerta del edificio para buscar las paradas de colectivos a lados opuestos de la ciudad prácticamente no hablamos. Ese llanto constante ocupaba toda la casa. De hecho, en un momento mientras me secaba en el baño después de ducharme dudé de si no venía de nuestro departamento. Lo escuchaba tan nítido y cerca que

creí que venía de adentro del placard, pensé en ir a abrirlo para corroborar pero la sentí a ella eligiendo la ropa como todas las mañanas y lo descarté.

Volví de la oficina a eso de las seis de la tarde, a medida que subía en el ascensor lo escuchaba más fuerte y claro, parecía incluso idéntico al llanto de la mañana. Antes de entrar a casa me paré en la puerta del departamento de los vecinos, el suyo era el D y el nuestro el C, y me quedé escuchando. Debo haber estado un rato largo porque el encargado apareció buscando las bolsas de residuos como todos los días a esa hora. Las juntaba en el ascensor y después las dejaba en la puerta del edificio, dejando un olor espantoso hasta el día siguiente que limpiaba con lavandina pura. No nos soportábamos, hacía algunos años discutimos por algo de poca importancia y desde entonces nos ignorábamos todo lo que podíamos.

No me animé a golpear la puerta, menos a tocar el timbre, en parte por temor a que el bebé se pusiera peor pero principalmente porque no habría sabido qué decir si alguien abría.

Entré a casa y me pareció raro que Mara todavía no hubiera llegado, de todas formas sabía que por ese lado de la ciudad estaban haciéndose varios cortes de calle y seguramente sería todo un lío. Me arrepentí de no haberle preguntado al encargado si él también lo escuchaba, si había estado así todo el día, o si conocía a nuestros vecinos nuevos. Pero ¿cómo hacía para retomar el diálogo después de años de mirarnos mal cada vez que nos cruzábamos?

El cansancio acumulado de ese día me puso intolerante, siempre fui así. Estuve tentado de prender la tele, informarme de lo que estaba pasando pero me pareció mejor sentarme en el sillón, así como estaba, con el traje puesto todavía, prender el equipo de música y escuchar el primer cd de Mozart que encontrara con unos auriculares nuevos que me había comprado la semana anterior. A las dos horas y pico me desperté sobresaltado, el cd había terminado un poco antes y no recordaba haber escuchado nada. Sentí el dejo de un escozor opaco y triste en el cuerpo y recordé haber escuchado el Réquiem. Por la posición en la que me dormí tenía una contractura horrible en el cuello y la mano izquierda completamente dormida. Tuve que esperar unos minutos para poder enderezar la cabeza y mover de a poco la

mano que se había plagado de hormigueos. En ese ratito, con la oreja izquierda inclinada hacia el hombro izquierdo, la mano ajena, muerta, y la cara apenas inclinada hacia abajo odié al bebé y empecé a preocuparme por Mara.

Me levanté a prender algunas luces. Cuando llegué a la puerta del cuarto me pareció otra vez que el llanto provenía del placard, fui y lo abrí de golpe. Igual que cuando de chico me iba a dormir con miedo después de leer algún cuento de terror de Poe que agarraba a escondidas de la biblioteca del cuarto de mis viejos y se me ocurría que en el placard del pasillo, entre el baño y mi cuarto, había algo escondido y a punto de atacar.

No había nada ni tampoco era tan clara desde ahí la procedencia del llanto, como si se difuminase. En ese momento, mientras cerraba la puerta se me vino la imagen de lo que había soñado acompañada de una náusea. Veía la ciudad desde una vista panorámica, estática, sólo había edificios y algunos pocos árboles a lo lejos se prendían fuego y caían. De cada edificio salía un humo espeso y oscuro que se elevaba lento al cielo formándose nubes muy bajas que chorreaban un líquido oscuro.

Escuché que se abría el ascensor en nuestro piso y sentí un alivio profundo porque tenía que ser Mara. Pero no, alguien intentaba abrir la puerta del D probando diferentes llaves, hasta que al final dio con la indicada y abrió. Salí de mi estado de pseudo parálisis frente al placard y corrí a apoyar la oreja contra la pared del comedor para intentar pescar algún sonido, una voz, un saludo, una conmoción que me diera pistas de qué pasaba con ese bebé. Solo escuché el sonido ahuecado de unas pisadas firmes que retumbaban en un ambiente que debería estar vacío, y ese llanto ininterrumpido, casi idéntico. Ni una voz de consuelo, o ruidos en la cocina de preparar comida, solamente una puerta interna que se cerró fuerte y luego, el sonido del depósito del baño. Instantes después las pisadas nuevamente se acercaron y la puerta de entrada se abrió y cerró. Así, sin más.

Para ese momento yo estaba temblando de miedo, no entendía nada y estaba solo. Dónde estaba Mara. Ni siquiera me había llamado por teléfono para avisar que se demoraba. Me acerqué en puntas de pie a nuestra puerta de entrada y miré por la mirilla, quería ver quién era ese que se iba así, de vuelta. Pero sólo vi el recibidor del piso vacío. Desde el huequito solo se podían ver las puertas de los dos ascensores y la del departamento

A, quedaban fuera de ángulo las escaleras, el departamento B y el ventanal que estaba enfrentado a los ascensores. Unos segundos después la lamparita del recibidor se apagó automáticamente y sólo quedó una penumbra grisácea por la luz de la luna que entraba por el ventanal. Tuve el impulso de salir a gritarle algo, a pedirle que volviera y atendiera a ese bebé, pero apenas podía moverme. Cada vez se me venían más preguntas ¿cuánto podía resistir alguien llorando? ¿tenía que llamar a la policía, al encargado? Me acordé de imágenes de policías golpeando gente en la calle y lo descarté de inmediato pero algo había que hacer. A la gente de los departamentos A y del B apenas la conocía, en el A vivía una viejita que no salía por problemas de movilidad después de una operación de cadera que había resultado mal, y en el B vivían los hijos de un ingeniero ostentoso, dueño de campos o algo así que les pagaba el alquiler para que fueran a la universidad. Me despegué de la puerta y fui directo a ponerme el pijama, no sabía qué hacer y sabía que no había hecho nada.

II

A la mañana siguiente me desperté con las voces de los chicos del B y un portazo, creo que se estaban peleando porque se hablaban en un tono elevado y tenso. Un momento después sus voces se fueron apagando en el hueco del ascensor. Mara estaba al lado mío durmiendo profundo. Me sobresalté al encontrarla en la cama, como si por un momento la hubiera desconocido de una forma hostil. Di varias vueltas aparatosamente para intentar despertarla sin que notara que lo hacía a propósito pero no hubo caso. Apoyé una mano en su hombro izquierdo para zamarrearla y preguntarle qué le había pasado, por qué no me había despertado para avisarme que llegó, por qué no me había avisado, quería explicaciones. Pero no lo hice. Me quedé un rato viéndola respirar y sentí una mezcla de intriga, desconfianza y bronca. Mientras elegía en silencio una camisa me di vuelta para mirarla, estaba con los ojos bien abiertos observándome. La saludé afectuosamente pero raro, fue algo impostado. Se dio media vuelta sin responderme y se tapó hasta la mejilla. Cuando terminé de vestirme para irme a la oficina me preparé un café y

desayuné con un nudo en el estómago.

En la parada del colectivo había sólo una persona, me pareció extraño porque a esa hora siempre éramos una congregación de trabajadores que hacían fila en silencio. A modo de saludo con algunos sólo intercambiábamos algún gesto con la cabeza y ojos. La mujer que estaba delante mía era una de las habitué del 85 a esa hora, decidí mirar para abajo porque, por lo inusual de la situación, el saludarla podría haber dado lugar a una conversación y no tenía ganas en lo absoluto. Cuando vino el colectivo éramos menos que de costumbre, estaba lleno pero al menos había espacio donde moverse. Llegué al trabajo y había un silencio viciado en el taller y en la oficina. Saludé a mis compañeros uno por uno y los noté serios y elusivos. No estaba seguro si era una actitud que tomaban conmigo o algo pasaba y no estaba enterado.

La empresa se dedicaba a distribuir repuestos importados de cajas de cambio de autos, amortiguadores y secciones de tren delantero. No era un rubro que me interesara particularmente, pero con el tiempo había empezado a disfrutar del orden del lugar, sus rutinas y la relativa tranquilidad. Como todas las mañanas me senté y ordené mi escritorio, una pila de boletas de pedidos pendientes, otra de entregados el día anterior para archivar, una tercera de reclamos por rotura de alguno de los materiales entregados y el lapicero en el extremo al lado del teléfono.

En ese espacio éramos cinco, antes seis. Unos días atrás habían despedido al hermano de Mara, él ocupaba el escritorio que estaba al lado mía y había ingresado por mi recomendación. Salvo él, todos habíamos empezado más o menos por la misma época. En el taller trabajaban otros cuatro y la única mujer de la empresa tenía su escritorio en el recibidor del taller. Se podría decir que conocíamos bien cada una de nuestras mañas y gustos. Era sabido que yo era particularmente sensible a los sonidos en general, y que no toleraba los momentos en que los seis estábamos hablando por teléfono en simultáneo. Cuando sucedía esto escuchaba las otras conversaciones con tal intensidad que mi cabeza explotaba, en una ocasión les grité que se callaran y voltearon a mirarme. Tuve que pedir disculpas y seguir con mi cliente.

Ese día unos minutos antes de las cinco de la tarde ya había

terminado todas las tareas pendientes, llamé a los clientes que hicieron un reclamo, tomé nota de pedidos para la semana próxima, lidié con una empresa grande que amagó con denunciarnos si no entregábamos esa misma semana un encargo demorado. Trabajé todo el día con la imagen de Mara mirándome en silencio desde la cama. Estuve tentado de llamarla pero no hubiera sabido qué decirle, no entendía lo que pasaba. Cuando se hicieron las cinco agarré mis cosas, fiché, y salí. Pompeya a esa hora entraba en una zona gris, transicionaba entre el movimiento de los depósitos y fábricas de la zona, con todo el movimiento de gente, camiones y autos que implicaba, hacía una calma extraña donde aparecían personas recolectando cartones, botellas, latitas y comida. En realidad no aparecían, estaban en todo momento, pero a esa hora su presencia era más notoria y numerosa. Justo antes de subirme al colectivo pasó un carrito a caballo donde iba una familia entera, padre, madre y tres nenes de entre tres y ocho años supongo. Me dio algo de pudor mirarlos, por suerte el colectivo frenó y subí apurado.

El viaje se me hizo corto, me quedé dormido antes de cruzar Avenida Directorio y me desperté ya en Floresta, tenía el registro de que en algún momento me desperté al sentir que estaba durmiendo con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Mientras caminaba las tres cuadras que separaban la parada del colectivo y nuestro departamento me acordé del llanto del bebé del día anterior.

Cuando llegué a la puerta del edificio el encargado estaba apoyado contra una de las paredes del palier. Sentí que me miró distinto de otras veces, con curiosidad, hasta me pareció que por una fracción de segundo me quiso saludar o decir algo pero desvió la mirada y se quedó con la vista fija en la vereda de enfrente. Entré al ascensor expectante, en ese momento noté que esa sensación también la había tenido en segundo plano todo el día. En el cubículo de un ascensor demasiado pequeño para un edificio de diez pisos, sentí resonar en mi memoria el llanto casi mecánico del día anterior y deseé con las manos apretadas no volver a escucharlo.

III

Al bajar del ascensor sentí que de cada uno de los

departamentos irradiaba un silencio apelmazado que flotaba en el aire recalentado por el sol que daba de lleno contra el ventanal. Las baldosas antiguas relucían iluminadas por los rayos de esa tarde que caían en diagonal sobre las miles de diminutas piedrecitas que tenían incrustadas sobre un fondo bordó oscuro. Me quedé otra vez en la puerta del D escuchado, ahora sí con la oreja apoyada en la puerta justo al costado de la mirilla. No escuché nada, en ese departamento parecía flotar el mismo silencio reverberante de donde estaba parado. Temí que de entrar me hubiera encontrado con las mismas baldosas, la misma luz, las mismas puertas, y yo mismo.

IV

Entré a nuestro departamento y escuché a Mara lavando los platos en la cocina. Ese sonido me tranquilizó, dejé las llaves en la mesa, me acerqué y la abracé de atrás para besarle el cuello. Pero se corrió casi instintivamente y, sin darse vuelta me miró de reojo por encima del hombro. Otra vez me volvió el miedo. Me di cuenta que en esos dos días había sentido miedo casi todo el tiempo.

Me animé a preguntarle, no soportaba seguir así. Quería saber qué pasaba y contarle de mi día, que me cuente del suyo, y de su noche.

—¿Volviste a escuchar al bebé llorando? Fue como si la pregunta le hubiera explotado

adentro. Me quedé ahí, parado, esperando una respuesta mientras veía como se llenaba de odio. Tardó varios segundos en responderme y en medio de ese silencio empezó a llorar mirándome fijo, sin parpadear. Su reacción me desconcertó y supuse que no íbamos a poder hablar bien.

Tuve razón, todos esos segundos que se demoró debió armar una cantidad enorme de ideas e insultos. Empezó por decirme que era un imbécil y siguió con insultos peores en un tono de voz cada vez más fuerte, luego me dijo a una velocidad record muchísimas cosas de esos últimos días, acerca del despido de su hermano y mi supuesta participación en eso, sobre mi desconexión sobre lo que estaba pasando afuera y, como lo nombró, mi obsesión ridícula con el bebé de al lado.

Ni siquiera me pidió explicaciones ni me dejó responderle,

aunque tampoco hubiera sabido qué decir. Se fue directo al cuarto y antes de cerrar de un portazo me dijo que durmiera en el sillón. Cosa que hice hasta la madrugada porque estaba muy incómodo y decidí pasarme a la cama, total ella ya estaba dormida y además no lo iba a notar porque por lo general me levantaba bastante antes que ella los fines de semana.

Cuando me acosté en la cama empecé a escuchar los soniditos del bebé, no entendía cómo podía seguir escuchándolo solo a él, nada más, ni ruido de voces, música, gente cocinando, la televisión, nada. Ahora no lloraba, hacía el típico sonido de los bebés cuando se quedan solos en la cuna y prueban su voz, un agogó mezclado con algunos mini grititos agudos, así estuvo al menos una hora y me dormí.

Me desperté a las ocho de la mañana y Mara no estaba en la cama, lo cual era inhabitual en ella. En todos esos años de convivencia pocas veces había madrugado un fin de semana cuando no tenía que trabajar. Era claro que se había ido sin hacer el más mínimo ruido, no quería que estuviera despierto cuando se fuese.

Mientras desayunaba escuché al portero limpiando las escaleras, sentí cómo golpeaba el escobillón contra los lados de los escalones, el sonido se iba acercando. Aproveché que había terminado el café con leche y abrí la puerta para ver si tenía algo que decirme. Estaba con la oreja pegada en la puerta, se alejó de un golpe y casi se cae al piso de lo desproporcionado que resultó ese movimiento. Se quedó con la cabeza gacha unos segundos, seguro que intentando recomponerse y a la búsqueda de alguna excusa. Pero no. Me preguntó si el llanto del bebé provenía de nuestro departamento, lo hizo con temor, mirando para abajo y la voz se le fue apagando mientras formulaba la pregunta.

V

Después de cerrar la puerta me fui indignando cada vez más con él, qué hacía escuchando a escondidas en mi casa, qué buscaba y por qué me preguntó eso del bebé. Tuve ganas de volver a abrir la puerta y encontrarlo otra vez escuchando a escondidas para poder, esta vez sí, golpearlo. No supe qué hacer con esa sensación.

Además iban pasando las horas y, otra vez, Mara no volvía. Cerca

del mediodía escuché que se abría la puerta del departamento de al lado, dejé el libro que estaba leyendo y salté nuevamente a apoyar la oreja contra la pared. Pensé que tenía que ponerle un término, saber qué pasaba allí.

Abrí la puerta de un golpe, no había nadie y la luz que entraba por el ventanal era demasiado intensa para esa hora del día. Golpeé con fuerza pero sólo escuché como rebotaban mis propios golpes en la puerta, los ecos iban y venían del interior del D al espacio en el que estaba yo. Una reverberación que parecía acrecentarse mientras más insistía con los golpes. Como me empezaron a doler los nudillos y no salía nadie, ni se escuchaba ningún sonido ni llanto, me detuve. Tuve la impresión de que la señora del A miraba por la mirilla de su puerta. Me imaginé cómo se vería desde su ángulo la situación y sentí la necesidad de volver pronto a mi departamento. Cuando cerré la puerta con llave me llegó una calma extraña, como si el miedo que sentí en esos dos días se hubiera quedado afuera flotando entre la luz y el calor.

Ya era la hora del almuerzo y Mara no volvía, decidí improvisar una comida con sobras de los días previos. Cuando terminé de comer me vino un sueño intenso y repentino y me pareció buena idea ir a dormir la siesta, aunque fuera unos minutos. A esa hora el sol empezaba a dar de lleno contra la pared de nuestro cuarto, la temperatura no paraba de subir y el ventilador de techo en su máxima velocidad apenas me alcanzaba para no transpirar acostado. El sopor me fue ganando de a poco y se mezcló con una sensación rara en mi espalda. Me puse la remera del pijama, como si la tela desgastada me pudiera proteger y me quedé a la espera, mirando de reojo para atrás.

Querido Papá Noel

Stefania Karg

Stefania Karg nació en Baradero, Buenos Aires, el 3 de septiembre de 1993. Hija de un empleado rural y una ama de casa. Es periodista especializada en deportes egresada en la extensión de la Casa de la militancia de H.I.J.O.S (UNLP). Actualmente estudia Lic. en Ciencias de la Comunicación (UNLP) y el profesorado de historia (UBA).

I

En ese momento vivía en una casa en construcción. Las paredes no tenían revoque y solía entrar el viento entre los ladrillos y el cemento desprolijo. Tampoco tenía baldosas, ese contrapiso eterno despertó todas las alergias que hasta el día de hoy mantengo.

La cocina no tenía mesada, había un balde para la canilla y una mesa para los utensilios. Todos los muebles de la casa eran verdes, la única pintura que mi madre consiguió o para lo que le alcanzó.

Una casa tan chiquita que el baño sólo tenía un inodoro, ducha no había nos bañábamos en lo de mi abuela o en una gran palangana. Nada combinada con nada. Lo más moderno eran regalos que obtuvieron mis padres cuando se casaron casi obligados porque nació.

Mi mamá tenía 17 años, mi padre 22. Mis abuelos no le dieron otra opción: casarse y construir una casa para la primera nieta que iban a tener. De esa forma fue como mi mamá tuvo que abandonar el colegio y mi papá potenció su obsesión por trabajar.

Ese lugar que me acogió 18 años creció a la par mía, un poco de revoque, otro poco de pintura, aunque la puerta de entrada es siempre la misma. El patio inmenso me dio la libertad de soñar y descubrir el mundo entre los árboles y el barro. Esa casa es la

versión material de mi persona. Es el paso a paso que mis padres hicieron para que yo creciera.

PRIMERA PARTE

*“Yo tengo una casita que es así y así
Que cuando sale humo, sale así, así y así
Que cuando quiero entrar, yo golpeo así y así...”*

Es la hora de la merienda, el momento que llega mi papá de trabajar. Todavía tengo puesto el uniforme del colegio y los dedos pegoteados de dulce de leche. Sus pasos pausados y agotados retumban en el pasillo que te lleva a la ruidosa puerta de chapa. No hay forma de disimular la entrada de alguien. Al entrar mi papá dice:

–Me quedé sin trabajo.

En las charlas de los adultos, los niños no se meten, así que mientras limpio el dulce de leche de mis manos y tomé el último sorbo de chocolatada escucho que regresa de la pausa Chiquititas y voy hasta la habitación de mis padres, el único lugar con televisión de la casa.

Abro el cuaderno de deberes justo cuando arrancan las noticias de la noche. Las luces que dispara la pantalla hacen que levante la vista. Una y otra vez, muestran lo feo de no trabajar.

Busco la hoja con la tarea y pienso que la misión que tengo es quemar la goma que uso de hamaca y que mi abuela me preste una olla para que mi papá vuelva a tener su trabajo, como me muestra la tele. Suena divertido, pero tengo que hacer deberes y estudiar la tabla del 3.

De repente mi madre desde la cocina grita mi nombre. Ese grito exagerado me hace apurar, cerrar el cuaderno e ir a toda velocidad. Mi papá está sentado tomando mate y mi mamá por cocinar

–¿Qué pasa? ¡¿Pongo los platos?!– pregunto enérgica.

–No, todavía no Clari– mi mamá contesta pausada.

–Entonces...

–Queremos decirte con tu padre y también pedirte colaboración...

–Ah, entonces tengo que poner los platos– me acomodo para buscarlos.

–No Clari. Hoy los pongo yo. Necesitamos decirte que vamos a estar complicados durante un tiempo. No podemos darte más gustos que la comida y que vayas al colegio.

–Igual no me gusta el colegio, puedo colaborar en no ir– digo contenta, casi saltando.

–Nos referimos a golosinas, juguetes, ropa. No podemos hacer esos gastos.

Mi papá no habla, está trabado como un casete que solo se acomoda con la lapicera, debe ser un síntoma de no tener trabajo.

II

Mi infancia fue una fantasía de la pobreza porque tuve privilegios dentro de la precariedad de mi casa, de no poder pedir nada, de comer lo que había sin opción de elegir, de las pocas amistades por ser distinta en el colegio.

Una niñez que fue a los eventos municipales para tener un regalo en fechas particulares, entre chocolatada caliente que repartían las organizadoras y alfajores que nunca había comido. Esto era una fiesta que mi mamá organizaba para mí, le sonreía a ella en cada cosita que me daban.

Aun no entiendo por qué fui a un colegio privado, de cuota cara, de uniforme y privilegios que no tuvieron mis papas. Una realidad cubierta de ropa usada. Viví inmersa en dos realidades que construyeron gran parte de mí.

Mi papá siempre trabajó, desde los 9 años. Cuidando animales y trabajando la tierra. Dejó la escuela en séptimo grado. Mi mamá, de familia numerosa, pudo terminarla cuando yo crecí. Incluso me llevó a sus clases. Me sentaba atrás de todo con una hoja y lapiceras que me daban sus compañeros para que dibujara. No podía hablar en toda la clase, solo dibujar y así me quedaba.

SEGUNDA PARTE

Desde que no trabaja me lleva al colegio en la bicicleta de mi mamá. Me tortura ida y vuelta con la tabla del 3. No hay para las golosinas, tampoco para la ropa, pero mi mamá llena de moneditas el sobre de Cáritas porque sabe que la seño pasa banco por banco a controlar. En este colegio ponen billetes. La seño, toca el sobre de punta a punta para sentir cuánto le damos al prójimo.

Ese sobre es de la caridad y seremos recompensados por Dios que nos persigue a todos lados y ve nuestra solidaridad. Las donaciones son para los que no tienen trabajo, sin embargo, a mí papá no le avisaron nada. La seño tiene una nueva orden, necesita que donemos ropa para los pobres. Mi mamá me va a retar por pedir tanto.

Los becados tenemos que pagar la mitad de la cuota del colegio y este mes mi mamá no pagó. Tengo una nota en el cuaderno de comunicados de color rojo que será controlado hasta que pague. Me da vergüenza y espero que no se dé cuenta que todavía no doné ropa.

Esas tardes que la campera sobra a la salida del colegio, lo vi esperarme en el mismo lugar donde se para mi mamá con la bicicleta. Hasta puso un almohadón en el asiento donde me lleva. Me acerco y lo veo con una pequeña sonrisa, parece que ya tiene el remedio para dejar de estar perdido. Lo saludo y como respuesta extiende su mano con una chupaleta.

Al llegar a mi casa, salto y salto por el pasillo que retumba dentro de mi casa. Mi mamá debe saber que estoy por entrar. Siento olor al pan casero de mi abuela. La merienda está servida para

todos. Mi papá entra atrás mío y le dice a mi mamá:

–Conseguí trabajo.

–¿Dónde?– pregunta mi mamá

–En el interior, todavía no sé muy bien a dónde me llevan–
contesta mi papá.

–¿Es muy lejos el interior?–pregunto y ninguno de los dos me
contesta porque tengo 9 años.

Ahora van a pagar la cuota del colegio porque papá se va a
trabajar al interior que tiene un montón de mosquitos. Allá hay
mucho suelo y vacas. Se va a sentir chiquito en medio de la
tierra y el cielo con la máquina verde, la casilla gris donde come y
duerme.

Mamá tiene que terminar la escuela así que tengo que ayudarla
más. Mi papá manda plata y unos talonarios marcados con
distintos precios. Los tickets están ordenados por valores y los
usamos exclusivamente para la comida. Los que envía mi papá
tienen los colores de los resaltadores que me dan en la escuela
de mi mamá. Así que a mí me inspira a copiarlos para poder
comprar comida o golosinas.

–Te convertiste en una estafadora infantil haciendo esos falsos
billetes–dice mamá mientras se ríe.

–Se los voy a mandar a papá Noel para que me compre el regalo
y otros son para comprar la ropa que tengo que donar al colegio–
le respondo.

– ¿Ropa para el colegio? ¿Y ahora que te pidieron?–cuestiona
resignada.

–Tengo que llevar ropa para los chicos pobres.

–Los chicos pobres...–dice mi mamá.

– Sí, ¿vos los conoces? Porque a mí me muestran los de África.

¿África queda lejos?

–A los de África no los conozco porque están lejos. En nuestro país hay muchos pobres.

 Tuve la primera conversación de adultos con mi mamá.
 Seguro es porque vivimos solas y juntas.
 Desde que se fue mi papá los días cambiaron.

III

Una madre saliendo de la adolescencia con un marido a distancia y una hija en crecimiento. Estrategias de una alimentación diaria, rasguñando cada lata y reutilizando las sobras. Mi mamá se convirtió en una cuidadora serial de que todo funcione, mi papá en soledad maduró con las estaciones.

TERCERA PARTE

Ya no vamos al supermercado porque ahí solo podemos usar los tickets. Nuestras compras son en un enorme galpón donde hay que llegar a horario porque las mejores cosas se van rapidísimo, como los panes caseros que hace mi abuela. Mi mamá dice que estamos en el trueque. Aquí tengo amigos nuevos y mejores que los del colegio. Me enseñan canciones divertidas que se pueden bailar, “pi-que-teros carajo” es la mejor.

Mi amigo Juan me cuenta que su familia perdió los ahorros, ¿Cómo se puede perder el chanchito de los ahorros? Pienso que es imposible, pero me explica que es culpa del corralito. Ahora tiene sentido, se escapó el chanchito. Encima su papá y su mamá se quedaron sin trabajo, como le pasó a mi papá. Otra conversación de adultos, tal vez ya soy grande.

Las personas del trueque tienen la mirada triste. Para mí dicen ¡cómprame!, ¡cómprame! ¡Cómprame! Por eso le pido a mi madre cosas que no necesitamos y me gano varios retos cuando llego a casa. Me consuela que mi abuela venda todos sus panes y su caja llegue vacía.

Por suerte faltan pocos días para armar el arbolito y arrancar las vacaciones de verano. Este calor que me pegotea como el dulce de leche es señal de la temporada de Pelopincho y tal vez de algún helado si mi mama se levanta contenta. Todavía no puedo pedir golosinas, aunque mi papá tenga trabajo y no esté hace meses. Para esta navidad me gustaría tener una muñeca, pero mi mama dice que ni siquiera lo sueñe. De repente aparece una noticia que me atrapa.

–MAAAA! ¿Qué es Campana y Zárate?

–Son lugares como Baradero, pero un poquito más lejos. ¿Por qué?

–Porque acá la tele dice: A-van-zan saqueos por ruta 9. ¿Es por nuestro país?

–Leés cada vez mejor hija. Apagá la tele y ponete a hacer los deberes porque no viene papa Noel.

–Papá Noel está pobre, no va a venir– le contesto segura.

–¿De dónde sacaste eso?–pregunta asombrada mi mamá.

–Me dijiste que ni sueñe con la muñeca así que Papá Noel es pobre.

Se queda en silencio, seguro se da cuenta que tengo razón. Desde ese momento está asustada, dice que se vienen los saqueos por eso cierran todos los negocios temprano. Hace lo mismo conmigo, me encierra a las seis de la tarde. No me puedo quejar, no puedo pedir nada, no puedo salir a jugar con los bichos de luz. No tengo que contarles las noticias de otro país.

Mientras miro la tele veo a un señor llorando porque le están sacando toda la comida del supermercado. Espero que cierre temprano así no le vuelve a pasar. Empiezo a creer que a mi papá le divierte estar lejos de nosotras. A veces pienso que ya no me quiere.

¡Último momento! grita la tele, como mi mamá. El título dice que se declaró estado de sitio. Bajo el volumen para que no se le ocurra encerrarme antes de las seis de la tarde. No sé qué es el estado, tampoco el sitio. Los que se paran frente a la cámara de la tele dicen “estamos re cagados de hambre” y eso me hace desear que mi papá tenga para comer.

En la tele se ve la guerra de la comida. Gritos, explosiones, gente corriendo. Las personas con cacerolas me enseñan otra canción y la estoy cantando como si estuviera con mis amigos del trueque “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. ¡Sí! Que se vayan todos, pero que vuelva mi papá para navidad.

Parrillada completa

Melina Torres

Melina Torres nació en 1976 en Santa Fe y vive en Rosario. Es comunicadora social. En 2016 publicó *Ninfas de otro mundo* (Iván Rosado) y en 2021 *Pobres corazones* (Suma, Penguin Random House). Su cuento *El alma va a venir* forma parte del podcast de cuentos policiales y fantásticos *Nadie es inocente* en la plataforma Contar realizado por la Biblioteca Nacional y Los Andes Cine.

A quién se le ocurre separarse después de tantos años justo dos semanas antes de una pandemia.

Me saqué los auriculares, viendo que el pibe me hablaba.

—Tenés el barbijo mal puesto— me avisó.

Hacía una semana había instalado la aplicación en el celular y ahí estaba parada en la vereda de la parrilla de Pellegrini esperando el asado de tira, con papas, que tenía que llevarle a Anibal555 a Presidente Roca al 100. Hacía un frío de recargarse y entre la quema de pastizales en las islas y la falta de ejercicio sentía que estaba a punto de perder un pulmón. La idea me la había pasado la vecina del pasillo, la gorda, en cambio ella, siempre se las ingeniaba para conseguir un cliente que por tres pajas sin ganas le pagara el alquiler. Yo estaba demasiado muerta de hambre y hacía menos de cuatro meses había logrado zafar de lo que la psicóloga me dijo era una relación tóxica. Tóxica tu culo me daban ganas de enviarle en un whastapp, ahora me las tenía que arreglar para pagar un alquiler más la mitad del crédito UVA que compartíamos en esto que llaman en la tele una situación inédita. Claro que nunca me lo hubiera imaginado aunque supongo que con Andrea estos meses mirándonos las caras y... seguro una salía con un diente menos. El grupo de fútbol hizo una colecta y me tiraron unos mangos para zafar el alquiler pero de alguna manera tenía que salir a matar la miseria.

—Tenés el barbijo mal puesto, el encargado te va a puntuar bajo— volvió a repetir el flaco de la visera con onda.

Acomodé el nazo completo adentro de ese barbijo que había hecho Corina para todas. Tenía bordadas las siglas del equipo. Cómo habrá estado de al pedo que cosió cada uno de los barbijos, mínimo la teníamos que dejar jugar del puesto que

quisiera apenas habilitaran las canchas. ¡Cómo banca el equipo! Pau nunca lo entendió, con ese rollo más intelectual que se cree que tiene.

El crédito... Tres años pelando conchas, me las pasé. Que el cavado completo, que me gusta cómo hacés la tira de cola, que sos la más suave. Que ojo con la hemorroide del parto. Tres años para que la cornuda de la dueña no aflojara más del medio sueldo que pasaba el estado. Y encima tuvo la cara para preguntarme si no quería adelantar las vacaciones. No me digas. Sí, pará que estoy viendo si voy a Mar del Tuyú o a San Bernardo. Si no podía ni hacer una cuadra que me levantaba la GUM pidiéndome el servicio para circular.

—Es así —me mostró el flaco, mientras se cubría casi hasta la totalidad de la nariz.

Qué suerte tuve de que Flor habilitó la bici. Total ni la uso me respondió cuando le dije que me daba cosa dejarla a gamba. Flor es de las que no hay pero como toda troska es enroscada. Que si nos dan el bondi es transar, que si les aceptamos la cancha es transar y esto que el otro total que nos quedamos sin ir a ese torneo. Nos convenció a todas. Juli tiene razón, no hay que dejarse convencer, pero esta piba habla tanto que ya en un momento le decís, cortala Flor, está bien no vamos. Tengo las uñas a la miseria de sacarme la cera que se me queda pegada. No transemos Flor, pero callate la boca. Pero bueno después ves por las redes que se picó lindo el encuentro y ahí decís zurda de mierda, aunque sea ligábamos algo. Bueno, cuestión es que la flaca es enroscada pero está. La necesitás y está.

—Otra que podés hacer —me volvió a decir el flaco—, es antes de que te den el pedido te ponés alcohol de ese frasco que tiene en el mostrador. Eso le encanta al dueño. Le gusta que lo hagas sin que él te lo pida, entendés. Y mirá mañana traete tu propio alcohol. —Ahí nomás sacó un frasco pequeño de la mochila y se lo puso en las manos.

Con Andrea no andábamos bien hace rato. Si me pongo a recapitular creo que nunca estuvimos bien, bien. Muy de otro palo, ella, demasiado tapada, demasiado el cuidar las formas como si le debiéramos algo a alguien. Que acá en Rosario todas las tortas nos conocemos es una gran mentira. Con Andrea nunca nos hubiéramos cruzado si no fuera por ese día que me sacaron la moto. Esa noche también hacía un frío horrible. Hacía

varios meses que me había ido a vivir sola y entre el cursado del profesorado y la cuestión de los ensayos no me daban los horarios para seguir en el Pádel que era más mi onda. Por eso agarré lo de ser repartidora para Mcnolos. Por eso y porque tenía moto que era lo importante. No, claro, si lo pienso estoy destinada a llevar comida en los momentos en los que el país se va a la mierda. Bueno, ahora es diferente, esto es una cosa global. Inédito. Todavía sueño con esa palabra.

—Lo mejor de este laburo es que no tenés jefes y manejas los horarios — seguía hablando el flaco, no sé por qué.

Era joven, tan joven que me daban ganas de ahorcarlo. No extraño la juventud, extraño sentirme todapoderosa. No había futuro y no me interesaba. Quién piensa en el futuro cuando te inscribís en la escuela provincial de Teatro. Nadie. ¡Teatro! Todo se nos cortó.

—Lo único que tenés que hacer es llegar a horario con la entrega y usar guantes —insistía el pibe sin importarle si le respondía o no—. Mirá hasta tengo unos para darte. —Sacó de la mochila de la campera un par de guantes de látex y me lo entregó.

Ya me la venía venir, con lo mal que estábamos. Ni coger nos sacaba de las peleas. Y eso fue lo que nos mantuvo a flote todo este último tiempo.

—Porque una tía se contagió de agarrar la bolsa del super. Se ve que la cajera estaba contagiada y cuando tocó la bolsa le pasó el virus. Por eso yo tomo mis precauciones —me contaba el pibe ya en esa cosa tirando bolazo que se empezó a usar mucho.

Como el primer día, la vez que fui a tránsito a sacar la moto del corralón ese junio de 2002 y ella me atendió con esa cara de ojete que la caracteriza y con las gomas aprisionadas en un corpiño deportivo Dulce Carola. Las tetas fue lo primero que le vi, después la mirada achinada y los cachetes colorados, tal vez porque fui muy evidente.

Poco me llevé cuando nos separamos. Lo necesario, lo útil y cada vez que entro al departamento siento que llego a un lugar explotado de tristeza porque hasta la alfombrita de Home sweet home que me regalaron las chicas la tuve que reemplazar por un trapo de piso embebido en agua lavandina.

—A mí me conviene porque como soy noctámbulo puedo dormir hasta cualquier hora sin que mi viejame esté gritando —le decía a mi cara de “qué me importa”.

Pero igual la extraño ¿por qué mierda me la tuve que cruzar ese día? ¿Por qué mierda me tuve que enganchar con una piba que lo único quería era tener una casa, un hijo, un hogar? Ella que venía de esa familia rota con el suicidio del viejo. De a poco nos fuimos inventando ese deseo que fuimos. Porque éramos eso un deseo: de una familia, de una casa propia, de envejecer juntas, de nietos. Otra vez el pibe que me hablaba pero ahí yo no lo escuchaba porque me llegó que Aníbal 555 reclamaba una demora de diez minutos. Qué hijo de puta. Entré al restaurante y pregunté por mi pedido. Ya sale me respondió el encargado y me hizo una señal de que pisara ese recipiente cuadrado, ese que costaba un ojo de la cara. Me quedé un ratito bancando el frío. Salí. Parecíamos un ejército de muñecos con una cosa cuadrada que nos colgaba en la espalda. Todos teníamos el celular en la mano como si fueran nuestras armas y las bocas tapadas.

“Somos familia” me dijo cuando me volvió a llamar, “por eso quiero saber cómo estás”.

No estábamos bien pero no estábamos mal. Estábamos mordidas por la cotidianeidad, el hartazgo de tantos años juntas, el sin sabor de los deseos no transformados en otra cosa: un hijo. Una canción lejana que nunca olvidábamos. El día después de buscar la moto por el corralón, me senté en el cordón de la vereda de enfrente a esperar que saliera, en ese impulso de la juventud que encuentra símbolos en cualquier parte. Había vuelto de la asamblea frente a la placita del Che. Estaba fumada, envalentonada. Pero no fue ahí que sucedió porque tuve que esperar que se armara de a poco con lo de la muerte del padre. Que ella abandonara todo ese rencor que la carcomía por dentro, invisible, como no sé, como cuando una planta se apesta y tiene las hojas verdes pero un revés infectado, llena de puntitos blancos.

El crédito, el buscar otro ingreso además de mis clases de teatro, las frustraciones, el remate final.

Está tu pedido me hizo una señal con la mano el encargado de la parrilla. Entré y armé todo el circo de pisar el trapo y pasarme alcohol. Agarré el pedido y me sonó el teléfono en forma de campanita: tiiing. Era Anibal555 que cronometraba el envío: 20 minutos de retraso.

Le agradecí al pibe los guantes y me monté en la bicicleta. Tenía la tormenta preparándose arriba mío. Un viento insólito para

esta llanura se desató a las cuatro cuadras que dejé la parrilla. Empecé a pedalear rápido en la negrura de la noche. Pero como la corriente venía del río que era hacia donde yo me dirigía se me hacía casi imposible avanzar. Calle Roca, donde antes era improbable encontrar lugar para estacionar, parecía un desierto, una ciudad abandonada, de taxis, de autos, de comercio. De vida humana. El celular me vibró y me detuve, por suerte no era el tipo marcándome el tiempo sino que había entrado otro pedido. Ahí fue que levanté la cabeza porque me pareció ver algo extraño a media cuadra desde un piso cinco o seis. Achiné la mirada y entendí que era un hombre parado en una silla. El balcón era diminuto como un palco. Enseguida pensé “este hijo de puta se va a tirar”. En cambio el tipo sacó un saxofón y empezó a tocar el himno. De a poco fueron saliendo otros vecinos que acompañaban cantando. Cuando me subí a la bici para seguir el recorrido sentí un tirón fuerte de la caja de pedidos. Una cimbronazo que me movió hacia atrás y me hizo caer para un costado. Me di vuelta y era un zombi. Un viejo andrajoso, con barba blanca que se le confundía con el pelo canoso, vestido con harapos, y con un olor repugnante que mezclado con el de la parrillada que llevaba en la espalda me hizo descomponer. No pasaba nadie por la calle. Absolutamente nadie. El viejo me empezó a decir carne, dame carne, dame carne. Tenía las uñas largas, sucias y ese olor a meo inmundo. Me levanté como pude sin soltar la caja de pedidos y atiné a darle una patada. Me dolían las manos del golpazo. El viejo se cayó a la vereda pero igual seguía gritando carne, carne, carne. Los vecinos ya estaban en la parte y juremos por gloria morir y calle Corrientes seguía desierta. Corrí empujando la bici y a mitad de cuadra me subí y pedaleé. El golpe, el susto o no sé qué me hacía avanzar sin frenar. Tuve miedo de que el pedido se hubiera desarmado. Me paré, abrí la caja y comprobé que seguía ahí. Armadito. Ya casi estaba, con suerte a diez minutos. Aceleré la marcha en esa ansiedad que anestesia cualquier dolor. Pasaron dos ambulancias con las sirenas puestas tan cerca de mí que recordé que no me había puesto la luz trasera. Al llegar a la altura de San Lorenzo vi como una moto pasó a una velocidad inusitada y en contramano. Tanto, que por un momento me hizo dudar: ¿es calle San Lorenzo? Pero no, cuando llegué a la esquina me di cuenta que el de la moto iba a todo pedo en contramano. Estaba a dos

cuadras, ya en la recta final. De pronto en la mudez de la noche empezaron a pasarme varios autos de policías que se mezclaron con unos relámpagos de película. Ahí empecé a intuir algo. Dos cuadras antes de llegar a lo del pedido, alcancé a ver un pequeño grupo de personas. Luces azules rompiendo la oscuridad de la tormenta: los móviles de la policía estacionados, una ambulancia con sirena. Pedalee con el último resto y noté que el operativo estaba en la misma dirección donde yo llevaba la parrillada. Le pregunté a una cana qué pasaba y me contestó siga su recorrido. No le expliqué que yo tenía un pedido para esa dirección. Era mucho. Todo era mucho. El pibe de la parrilla, el contrareloj, el croto, el puto crédito UVA y Andrea. Me fui hasta la esquina. No tenía fuerzas para pedalear. Doblé. Vi el río enfrente. Unas primeras gotas me salpicaron en el pelo. La parrillada estaba paga. Entré al umbral de un edificio para guarecerme. La lluvia empezó a caer fuerte. Me puse alcohol en las heridas de las manos, las tenía todas lastimadas. Tenía hambre y dolor en el cuerpo. Me senté y me bajé el barbijo con esa culpa de que me contagiaba solo de respirar aire puro. Tomé un poco de agua de la botellita que tenía preparada. Sentí el olor a papas fritas. Manotee el pedido, lo abrí y mandé todo a la mierda. Comí con las manos las costillitas tibias. Volví a casa.

Al otro día en el desayuno prendí la tele y ahí fue que vi que sacaban a alguien en una camilla con el cuerpo entero tapado. Las imágenes eran de la puerta del pedido. El título decía: Asesinan al abogado de la banda narco Los Muñecos. Lo último que hizo ese garca fue reclamarme una parrillada.

Huellas

Walter Rago

Walter Rago nació en Buenos Aires. Publicó dos libros de minificciones “Miradas sobre los bordes” (En el aura del sauce /2012) y “En el menguante de las murallas” (Puentes del sur / 2020).

1

Las voces que llegan desde el corte se escuchan calmas, en sordina, oleaje que tranquiliza y arrulla. Raro en este cruce de avenidas, donde cada día los espacios se apelmazan y el ruido atrofia las palabras. La noche cálida nos abrió la entrada a un lugar nuevo, amplió las veredas, que ahora compartimos y sentimos más nuestras.

Las corridas de la mañana quedaron muy distantes. En medio de la calle sólo unos pocos siguen hablando, todavía parados en círculo, mezclando noticias del minuto reciente con historias heredadas. Los demás nos fuimos desparramando en grupitos, para reconocernos y encontrarnos. Nadie vuelve a su casa. No hay mucho para hacer pero dar y recibir agua, un nombre o un mate parecen gestos recién inventados.

A media cuadra empieza el Parque. Allá dentro veo un fueguito y sin saber porqué tengo que acercarme. Camino despacio. Sola. Al llegar la descubro. Ahí está. Otra vez.

Me siento a pocos pasos. Ella me mira a través del aire caliente que vibra y distorsiona las caras. Agachada, inclinada sobre el fuego que encendió. Está descalza y me pregunto si las ramitas y semillas del suelo no le duelen. No me habla. Toda su atención está puesta en elegir las maderas adecuadas. La primera vez que la vi tenía este vestido negro, ahora lo tiene levantado a la altura de sus muslos para mover con facilidad las piernas. Sus manos dan forma al fuego con la fluidez con la que amasamos arcilla. Mientras acomoda las brasas levanta la

cabeza, sus miradas siempre me generan inquietud. El humo me hace cerrar los ojos y entonces la escucho.

-Hoy hubo otros tres- dice

Nada más. Es lo que repetimos todo el día, lo que nos hizo llorar y putear. La misma palabra, Tres, pero ella dice Otros tres y eso tiene un peso que agobia. Sigo sin saber para qué me busca o cómo me convoca, de un modo que no puedo descifrar.

A Alexia la conocí aquella otra noche, con otros fuegos. Un año atrás. Una vuelta a casa, andando el mapa conocido, con el cloc cloc de las baldosas que acompaña. Al bordear el viejo barrio de la textil, lo acostumbrado comenzó a escurrirse. El olor de los tilos que en cada regreso a mi calle me da la bienvenida, esa noche estaba oculto. De a poco, algo me fue poniendo en guardia, quizás eran pedidos, órdenes o llamados, no sé, pero erizaban y al doblar por el pasaje que lleva al parque se desplegó el dolor inesperado.

El humo negro salía del interior de Las Casitas. En los viejos senderos había objetos rotos, esparcidos sobre el polvo de ladrillo y las altas palmeras ardían en las esquinas, sus grandes hojas secas caían en llamas.

Todavía pienso cómo pudieron hacerlo, cómo llegaron tan lejos. Los vi pasar cargando herramientas pesadas. Vi muecas crispadas en las mismas bocas que cada mañana me daban Buenos días.

Los insultos de siempre traían el peso de las piedras y empujaron la rotura de los vidrios. Las piedras querían ser balas. Por las ventanas rotas volcaron amenazas y nafta. A mazazos las paredes se quebraron y lo que fue cobijo se convirtió en escombros y astillas.

Los migrantes expulsados daban vueltas, aturcidos. Arrancados, junto a las plantas de la huerta y las chapas de los techos. Grité, gritamos, corrimos los que pudimos reaccionar. En el forcejeo ayudamos a escapar de esa trampa que nos encerraba

a todos.

Al alejarnos y mirar que nadie quedara atrás, vi un nene que como único rescate llevaba abrazada su tortuga, con la otra mano iba agarrado al vestido de ella. Al día siguiente nadie recordaba a la mujer del vestido negro. El mismo que tiene puesto hoy.

Si a esta mañana la siento lejana, un año atrás es de otra vida. ¿Algunos de los que entonces destruyeron y se palmearon por su victoria, estarán hoy acá siendo uno más? ¿O estarán espiando desde los balcones?

Me recuesto a descansar. Disfruto mirar los árboles, el lapacho en el centro, los abetos más atrás. Aunque no pueda verlos bien, aún en la oscuridad, me sostienen. Las palmeras no tienen marcas de aquella estupidez, nosotras sí. Ella me mira de vez en cuando. ¿Sabrá qué pienso? Por primera vez desde que esto empezó consigo relajarme al sentir el pasto entre mis dedos mientras las voces me siguen acunando.

Un rato me quedo entredormida y cuando vuelvo a sentarme escucho que el movimiento de la esquina recomienza. Lentamente se están juntando. Un amigo llega hasta nuestro fuego y me invita a votar en la asamblea.

Al levantarme, veo como las brasas encienden y atenúan su luz con la brisa. Algo dicen. Ella sigue moldeando el fuego.

2

A la mañana no puedo quedarme en la cama. Dormí poco, la asamblea me dejó agotada y burbujeante. Veo las noticias de pie, preocupada por un apellido de la lista que me resulta conocido. Siempre conviví con las sirenas de esta ciudad sin percibir las, hoy son golpes en mi espalda.

Necesito despejarme con el sol, mejor salir ahora, en un rato el calor se hará insoportable. Es muy temprano, imagino que estarán todos en sus casas, alertas y con las zapatillas puestas.

Las calles quedaron desacomodadas, como si al tironear de una punta, todo lo hubiéramos corrido de lugar, los autos, los diálogos, las bolsas de basura.

Voy por la avenida y al cruzar de vereda distingo los rulitos negros de Alexia, su larguísimo pelo y el mechón blanco que contrasta con su piel oscura. ¿Nadie se extraña por su ropa antigua con flores bordadas? ¿Cómo soporta el calor vestida así? Yo apenas aguanto la musculosa. Se une a mis pasos, habla pausado, reiniciando nuestra conversación siempre interrumpida.

Caminamos por la Rotonda de las acacias, una calle adoquinada que rodeaba en semicírculo a la vieja Hilandería. Cuando demolieron la fábrica, la calle se quedó abrazada a la única pared que dejaron en pie, un alto y largo muro que, borrada la textil, ahora solo limita el vacío.

Bajo la suave lluvia de los árboles, hablamos con cautela, imitamos a estas acacias que con timidez te besan con su agua y cuando levantás la cabeza simulan no haber sido ellas. Quizás soy cauta porque intuyo que de nuevo volverá a hacer temblar todas mis certezas. En ella, en cambio, la cautela es un modo de habitar en los bordes y cubrirse de velos.

No sé quién guía a quién pero vamos hacia los murales del paredón, esos que pintamos intentando guardar algo del naufragio que nos había dispersado y así transformamos esa pared sobreviviente que nos entristecía. Los chicos de primaria, la murga y hasta las enfermeras de la salita hicieron sus murales. Entonces pudimos volver a vernos, espejados y juntos. Los colores de fiesta duraron muy poco, se fueron descascarando y como esas agendas que ya no revisamos porque guardan nombres que nos duele leer, las pinturas dejaron de ser miradas.

Alexia, más que recordar o ver, parece leer recuerdos de otros. Habla de huellas y no puedo darme cuenta dónde ni cómo las busca. Al observar las escenas creo que también las acomoda en su memoria, les encuentra parientes lejanos. Las señala, se agacha y toca la pintura, como si palpara un latido y el rojo o los marrones le contaran algo distinto que los azules. Camina

unos pasos, retrocede, se aleja y se sienta, deteniéndose en cada figura. Nombra lugares que no conozco. Asiente.

Me llama, invitándome a entender. Al acercarme encuentro detalles que no coinciden con las escenas originales que narraban el barrio. Me siento a su lado, nunca las había visto desde tan cerca ni a esta altura. Por fin lo descubro, en cada fragmento que perdió el color o el revoque se vino abajo no está la pared pelada, hay otras imágenes, nuevas, sin serlo. Historias encimadas. En la pintura del club de fútbol campeón, en el medio del equipo, ahora hay una mujer alzando sus brazos. En el mural sobre los fusilamientos de los obreros, en un rincón casi tapado, caballos pastando. Cada escena tiene una imagen nueva y sin embargo está integrada.

-Acá se ve- dice.

No puedo distinguir la pintura original pero la emergente es un soldado con un largo capote y un sombrero emplumado. Recuerda esas fotos sepias de bisabuelos con cara adolescente.

- ¿Cómo un soldado puede parecer un nene? ¿Cómo puede ser tan chiquito?

-Casi siempre son chiquitos- dice ella- ¿Ves?

Y me muestra una parte del mural donde la pintura parece fresca. Un puente enorme, un río y una estación de tren donde hay hombres que se desangran. Uno está con las piernas apuntando al techo. Dentro de la estación está el lapacho de nuestro Parque.

-Eso no existe- digo- Por acá no hay ningún puente tan grande.

-No es eso, es esto-dice- Mirá, está mostrando el tiempo.

Y me señala las flores amarillas del lapacho. El hermoso árbol que puede florecer en pleno invierno. En junio.

- Otros dos, muy jóvenes. Está pasando - dice, con la fuerza

de su extraña calma y sabe muy bien que estamos en diciembre.

Vuelvo a mirar el paredón con todos sus murales. Quizás porque nuestras sombras al moverse sobre el muro van cambiando, las historias pintadas y las que guardaban los ladrillos, las surgentes, se ven confluír, muy despacio.

Todo lo sólido

Romina Ávila Tosi

Romina Ávila Tosi nació en 1978 en Lanús, provincia de Buenos Aires. Como buena hija del 2001, integra el bachillerato popular “escuela libre de constitución”, las colectivas feministas “somos centelleantes” y “sangría” y el “frente estudiantes libres” en la U.N.A., donde estudia artes de la escritura.

-... al caldo que se cocinó en esa olla a presión...

Te llama la atención la metáfora, el anacronismo. Pero no, seguro que existían las ollas a presión, no deben ser un invento nuevo. Alguien con plata ya tendría alguna hace veinte años. El año pasado te compraste una; todavía estás pagando las cuotas, pero ahora prácticamente no la usás. Un gasto superfluo o la democratización del consumo. Te enredás. A veces te angustia no poder encontrar el click, el momento en que las cosas cambian; aún lo que cambia lento, imperceptiblemente, debería tener un click.

Eso te gustaría: saber cuándo un vínculo no va más; no interpretar, no sobreanalizar, darte cuenta porque algo cruje inesperadamente, porque una frontera marcada se traspasó (aunque sea sin querer, en un mal cálculo). Dijiste algo que no se puede reparar; se puso a compilar los goles de Boca mientras vos dormías después del aborto. Y un aviso sonoro. Nada estridente, un click. Click porque a partir de ahora todo va a ser cuesta abajo. Click. No es el costo, es la línea de crédito y la posibilidad de comprar cosas que no necesitás; click, la rueda de los gastos fijos y los trabajos de mierda; click, si te embarcás en ésta, vas a dejar de pintar; click, se acaba el tiempo del ocio; click, te convertís en lo que no querías. Es gracioso: para saber que la olla está bien cerrada, dice el manual, asegúrese de escuchar el click.

Quizás hace veinte años no eran eléctricas; habría a gas. Claro, para gas natural porque si no, cualquier cosita te comería la garrafa; click, tenías una tarea y si seguís yéndote por las ramas, vas a haber perdido toda la mañana.

Mientras tanto, la voz de Caro sigue hilvanando un relato, pero la colgaste y te perdiste una parte. Lo retrocedés hasta el

principio porque para ser sincera, hace rato que no sabés de qué hablaba. Se nota que está leyendo. Te preguntás de dónde habrá sacado un texto tan claro, tan resumido. Igual son los hitos, las cuasimonedas, el trueque... ¿Se les llamaba cuasimonedas? Anotás en el cuaderno: buscar si había nombre genérico para patacones, lecops, etc. A tu vieja le empezaron a pagar la mitad del sueldo en patacones, ¿te acordás? Claro que te acordás, si nadie los quería aceptar o los tomaban por un porcentaje del valor nominal y había que ir haciendo cuentas y eso te tocaba hacerlo a vos.

No te vayas por las ramas, hacé foco: tenés que escuchar el audio, tomar nota de lo que te sirva para construir a La Morales. Encontrar una punta para pasarla por el cuerpo. Por tu cuerpo que ahora tiene veinte años más. La Morales tiene más o menos la edad que vos tenías en esa época, y en esa época tu vida no tenía nada que ver con la de La Morales, se entiende. O sea, de algún modo, volver ahí es bucear en tu cuerpo y después salirte hacia el costado, lejos, dejarlo como a un costado. Te gusta esa idea de zambullirse en una misma y aprovechar el peso del agua encima para escaparse; puede ser una buena idea para un monólogo, para otro personaje, uno que quizás esté en un trip. Está buena porque además hasta ahora no tuviste que interpretar estados alterados. Alto desafío debe ser. El audio volvió a lo de la olla a presión. Click, es tu karma. Te estás ramificando de nuevo.

Subís el audio y vas a la cocina a poner el agua. Tratás de concentrarte esta vez, que nada te distraiga, que el cuerpo haga las cosas solo, que vos escuches, tratá de habitar esta otra yo, este otro mundo por un rato. De alguna forma tenés que empezar a entrarle al personaje. Se viene el primer ensayo y tendrías que ajustar unas pocas cositas, no lo groso, no cómo piensa La Morales, cómo se mueve, cómo habla. Eso lo tenés que tener incorporado ya. Bueno, ahí está, preparate un mate como La Morales.

Metés la yerba a cucharadas, tapás la boca del mate y lo sacudís dado vuelta. La voz llega más lejana pero estás ahí. Preparar el mate es un acto mecánico: sacudir el círculo de polvillo que se te dibuja en la palma, levantar la tapa de la pava para comprobar que el agua empezó a burbujear en los bordes, dar vuelta la perilla de la hornalla, llenar el termo.

-...Murphy, que no sé si se acuerdan a las pocas horas de asumir una noche de tormenta dice que la universidad va a dejar de ser gratuita, bueno...

Pensás qué le genera eso a tu personaje. Ella no tiene intención de ir a la universidad. ¿O sí le interesa pero no tuvo la posibilidad? No sabés. Tal vez deberías decidirlo ahora. Pensás que no debería ser una decisión consciente, debería ser más orgánica ¿o no?; algo de la idealización del oficio, en fin... ¿La gente es consciente todo el tiempo? ¿Vos sos consciente todo el tiempo? Tratás de disipar esa nebulosa que tenés delante tuyo mientras ponés la bombilla en la yerba hinchada y click, ibas a preparar el mate como lo haría ella y sin embargo te dejaste llevar por la mecánica del hábito.

Tenés que tirar la yerba y el agua y te da culpa. Quizás se pueda guardar, sí. Tratá de no ser vos desde ya. El agua que quede en el termo, total La Morales no tiene, y la yerba ¿se podrá extender en un papel? Si la guardás en un frasco seguro se pone negra, mejor lo del papel. Sí, La Morales seguro que hace la del papel. En un papel de diario, en un cartón, en lo que haya a mano.

Volviste a armar el mate. La yerba corrió por el doblez de una hoja a4 usada y se volvió a meter casi toda en el jarrito enlozado. No te preocupa que la mesada haya quedado sucia. Quizás a vos sí te preocuparía, pero a La Morales no le mueve ni un pelo. Si total se vuelve a ensuciar.

Volvés al comedor y frenás el audio que ya estaba de fondo otra vez porque en realidad hacer el mate en personaje era “el” trabajo. Escribís en el cuaderno La Morales y una lista de características que sabés:

Fanática de Flema

No trabaja, está en la casa medio de okupa

Cierta amistad con el viejo de al lado (¿figura paterna?)

Le gusta el vino

Problemas con la feminidad esperada

Usa mal palabras difíciles (¿quiere parecer culta?)

Te quedás en blanco. Click. Tachás, mejor arrancás la hoja. Si yo soy así no es por culpa de las drogas, si yo soy así no es por culpa del alcohol, escribís en la nueva hoja enmarcada por los restos de la anterior; después, una A que se escapa de un círculo.

En tu cabeza escuchás la canción y no te sorprende. Mientras tarareás moviendo la cabeza, la birome dibuja monigotes, la cara de Ricky con los labios pintados, haciendo fuck you. Click. Fuck you Fede que se te aparece. Estás entrando en lo de tu abuela y tenés los labios pintados; lo confirmás en el reflejo del vidrio de la puerta mientras él se aparece de costado antes de que saques las llaves. Te saluda y te cuenta que viene de una asamblea en ATE, que duró varias horas; que si lo conocés. Claro que conocés el edificio de ATE que está a media cuadra, tampoco sos boluda. Te dice algo va a pasar, está todo podrido, no se banca más. Click. Cambia la música de fondo en tu cabeza: un enganchadito que pasa de “La grasa de las capitales” a alguna de Las Manos de Filippi. Una milésima de segundo de una sensación rara en la panza. Sí, ¿no?, contestás casi sin darte cuenta y te llevás la mano a la boca comprobando que es tu boca la que acaba de moverse. Una canción dura qué, ¿tres minutos? En “Tango Feroz” decían eso. Pero eso fue antes, ¿te acordás? La fuiste a ver con una amiga; qué tendrías, catorce, dieciséis con toda la furia. Vos fuiste, no La Morales; estás segura de eso. Tres minutos. Y sin embargo, estás segura de que en esa escena ya pasaron varias.

Un dedo se mantiene sobre los labios. Pero no, es la bombilla y succionás instintivamente, como los bebés. Click. ¿Tenés a la bebé en brazos? ¿en un cochecito? ¿o estás embarazada aún? Fede no se inclina a verla, no está en un cochecito, tu hija no existe aún. Cuando se vaya Fede vas a tocarte la panza para ver. Ahora no, ahora te preguntás por qué te pintaste los labios. El pibe te cuenta que está laburando en el Malbrán, que milita en ATE, te dice que es todo una olla a presión, que lo acaban de discutir en la asamblea y te sentís una tarada. No podés hacer un diagnóstico de la situación y encima te encuentra con los labios pintados. Tenés calor, hace calor. Pero no estás segura que sea el bochorno del verano o la vergüenza y la bronca ganándote las mejillas. Click. Estás en condiciones de afirmar que es el agua caliente del mate bajando por la garganta.

Click. O es que te pica la garganta. Sabés que el viejo encanuta su vinito en algún lado. Total, ni que el viejo tenga unifón con *identificador de llamadas* para saber que fuistes vos. Qué se va a dar cuenta si está viejo el viejo.

Click. Todo lo sólido se desvanece en el aire. Te gusta la frase. Tenés el vago recuerdo de que es ¿el título de un libro? Algo de Marx creés; no estás segura. Estás en el comedor parada con la bebé a upa. Como si fuera un sueño ligeramente consciente pensás mi hija ya existe y no, no sabés de qué se trata el libro, ni si es de Marx o nada que ver. Parece más posmo. Sabés que hablaron de eso en la facultad pero tenías mucho sueño, estabas fundida pero querías ir igual, para cambiar de aire, aunque fuera ese aire viciado de cigarrillo. Alejarte un rato de tu hija, de tenerla despierta durante el día para que te deje dormir de noche, de estudiar con ella al lado en el bebesit y descubrir que las dos se quedaron dormidas. Despertarla, el llanto, hacerla upa, ponerla en el cochecito para tenerlo en el baño mientras te das una ducha. Querías alejarte un rato de eso y sentir que hacés algo más, que éste es tu cuerpo, que ésta, en el fondo, sos vos.

Te movés para que se calme mientras escuchás lo que dicen en la tele. Las imágenes de un avión estrellándose y el colapso de los edificios se repite en loop mientras de fondo un locutor despliega hipótesis sobre los mismos pocos datos que repiten todos los canales: que fue un atentado, que parece que la segunda torre explota a destiempo, como si fuera un evento independiente. Todo lo sólido se desvanece en el aire. Te viene una sensación de angustia como saltar al vacío y no ver el piso. No sabés bien de dónde viene. No puede ser por lo que estás viendo. Tendrías que saber qué te pasa. No, qué te pasa no. Qué pensás. Tendrías que hacer un diagnóstico de la situación, así cuando te cruzás con Fede no quedás como una tarada de nuevo. O capaz que sí tiene que ver con la caída de las torres, con la música de catástrofe que pusieron de fondo.

Click. Tus pies dejan el tablón que se bambolea y por unos segundos volás. Aterrizaje en el patio del viejo. Está durmiendo la siesta, se escuchan los ronquidos, pero por las dudas vas a espiar por la puerta persiana entornada. Viejo choto. Te mirás los pies para controlar el movimiento, para no hacer ruido. En las punteras de las topper, se nota por encima de la mugre, la A de anarquía repasada con birome azul. Hace un rato lo hiciste, para ver si se te iba el ardor de garganta. Ahora sigue, pero medio atrás. En primer plano sentís el vacío en la panza y el peso sobre las suelas de goma.

En la alacena no está. Tampoco detrás de la cortina abajo de la mesada. No está a la vista pero sabés que el viejo tiene un moscato guardado en algún lado. Lo sirve en unos vasos chiquitos y lo toma de a sorbos. El día que te invitó, entre trago y trago contaba cosas de cuando era joven. Dijo que él había inventado el cosito de la pizza. No lo llamó cosito, le había puesto un nombre pero ahora no te acordás porque estás buscando la botella que después de la pererota, fue a esconder a la cocina, haciéndose el sota de que vos habías estirado el vasito de nuevo y habías hecho un chiste como que te alcanzaba para una muela (la única que te quedaba). Tampoco recordás muy bien cómo fue que siendo inventor había terminado en la lona, en esa casa hecha teta.

Click. Le estás dando la teta a la bebé y el noticiero se extendió. Esperás que expliquen algo, cómo va a seguir la vida ahora, si es verdad lo que dice el graph en fondo rojo y letras blancas: A partir de hoy el mundo cambia. ¿En qué sentido? ¿El mundo va a ampliarse más allá de la teta, del provechito, del pegarse una ducha con el cochecito en el baño? Vamos al móvil.

Click. Ricky Espinosa, micrófono en mano, dice desde la pantalla el punk rock es música para adolescentes, generalmente cuando uno madura, deja de lado la furia del punk rock. Se achica el plano, zoom, los labios rojos. Vamos a una tanda, director. *¡Vamos! ¿qué somos? ¡Tiburones! ¿Qué somos? ¿Vamos a ganar?*

Click. El agua del mate ya está fría, te hace sentir un desagrado en la lengua y eso te trae de nuevo a vos, a tu cuerpo. Estabas muy compenetrada; tal vez te bajó la presión un poco. Igual vas bien, pensás. Podrías anotar algo de todo esto para seguir trabajando con el personaje. Agarrás la birome y ¡click! esto no te lo esperabas: aparece el moscato detrás de la puerta de la cocina junto con otras botellas vacías.

Y entonces vuelve una sensación como lejana y distinta en la garganta. No es desagrado, es salivamiento de alegría que te inunda las papiras gustativas. Esta noche “Caretofobia” y moscato, dicen tus papiras. Pero antes desenroscás la tapa y empinás un primer trago, para sacarte el sabor de un mate frío que parece venir de otra dimensión. Antes de colgarte de nuevo

por el tapial del patio del viejo, lo espiás. Sigue roncando con las chinelas encimadas como dos perritos sobaqueros. Lo imaginás más tarde, con el vasito sobre la mesada, buscando el moscato, sacando las botellas de a una y comprobando que ninguna es, preguntándose qué habrá pasado, creyendo que él, el inventor del cosito de la pizza, ya está perdiendo la memoria. Intentás el salto y en el aire te arrepentís. Pobre viejo. Te dejás caer sin agarrar el último ladrillo del tapial, de nuevo en su patio. Lápiz tiene, pero papel, en ningún lado de la cocina. En la segunda mirada ves el almanaque de la verdulería agarrado con un imán a la heladera. El viejo no se va a enojar, es del 2000. Lo das vuelta y escribís: Le espropié el vino, Don. Cuando firmás, la primer letra que te sale es A.

Click. Tenés la birome en la mano y escribiste tu nombre, Andrea. Tragás saliva y un sabor dulce se te instala en la boca del estómago. *Pero el mate era amargo*, pensás y te censurás automáticamente por haber salido de personaje. El sabor se convierte en vacío en la panza. No es vacío, es otra cosa.

Click. No entendés a qué carajo viene esa A en la firma. Igual, no te vas a comer la cabeza; la rodeás con un círculo y al lado esrachás: La Morales. Te volvés a tu guarida con el moscato y le entrás al vino y a “Caretofobia”. Cada vez que termina el lado A ¡click! Y das vuelta el caset para escuchar el lado B y ¡click! y así.

Cuando te despertás te duele la cabeza y la panza. Debe ser hambre. O capaz que el vino dulce. *No, no es por culpa del alcohol*. En lo de Tito la vieja siempre prepara algo para comer, sabés, y enfilás para allá. A media cuadra te cruzás con el viejo y se putean. Te dice que te va a denunciar. Te le cagás de risa pero le asegurás que le vas a devolver el moscato, que Tito está laburando en un súper y cada tanto se afana algo. Dice que es un ahorro para cuando lo rajen. *Bueno, pasate después, Morales; y limpiate esas zapatillas, ¿querés?*

Agarrás por Combate de los Pozos y doblás en Carlos Calvo; el camino más directo a lo de Tito. Te hacés la boluda pero sabés que vas a terminar doblando de nuevo y haciendo la escala térmica por la puerta de Cemento para ver si todavía no barrieron los cartones de Termidor y se pueden juntar unos cuantos culitos de vino. Pero mientras tanto, seguís por la calle

del dolape. ¡Click! ¡click! una piba con un cochecito de bebé que se te queda mirando. Vos también la mirás. Sentís algo raro: las piernas, los brazos, la cabeza, todo tu cuerpo está ahí, moviéndose, llegando a la esquina, pero a la vez es como si estuvieras sumergida, como si un montonazo de agua o de aire te empujara el cuerpo y lo sintieras raro.

Llegás a Santiago del Estero y seguís de largo, no enfilás para Cemento, cruzás. La bocina de un coche te llega como lejana pero te das cuenta que el tipo paró a unos centímetros tuyo y te está puteando. Te parece que le tenés que responder, que no se la lleve de arriba, pero en lugar de eso te das vuelta. La chica te sigue mirando. El cochecito ya no se ve pero ella todavía está asomada. Se rescata y desaparece rápido adentro de una puerta.

Click. *La puerta, mamá.* Sonó el portero y tu hija te grita desde el baño. Te quedás unos segundos en la misma posición, con el ceño fruncido. ¿Acabás de desbloquear un recuerdo? No te queda claro, pero el portero vuelve a sonar y te levantás a atender.

19y
20

ÁREA DE LITERATURA DEL CONTI